

LAS HERIDAS NARCISISTAS DE LA HUMANIDAD

Rubén López Rodríguez



LAS HERIDAS NARCISISTAS DE LA HUMANIDAD

RUBÉN LÓPEZ RODRIGUÉ



López Rodríguez, Rubén

Las heridas narcisistas de la humanidad / Rubén López Rodríguez.--1a ed.

-- Medellín:

Fondo Editorial ITM, 2013.

151 p. (Textos urbanos)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-8743-35-6

1. Ensayos colombianos 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

864 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Fondo Editorial ITM

LAS HERIDAS NARCISISTAS DE LA HUMANIDAD

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

© RUBÉN LÓPEZ RODRIGUÉ

Primera edición: noviembre de 2013

ISBN: 978-958-8743-35-6

Hechos todos los depósitos legales

Rectora

LUZ MARIELA SORZA ZAPATA

Editora

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Correctora de estilo

LILA MARÍA CORTÉS FONNEGRA

Secretaría técnica

VIVIANA DÍAZ

Diseñador

ALFONSO TOBÓN

Impresión

EDICIONES DIARIO ACTUAL

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: 4405197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

www.itm.edu.co

Hecho en Medellín, Colombia

Las opiniones, originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

CONTENIDO

Prefacio	11
Michel de Montaigne: el padre del ensayo.	13

ENSAYOS SOBRE GUERRA Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

Latinoamérica en busca de identidad.	31
El escorpión	41
La libélula	55
Ética cristiana de la guerra.	67
¿Por qué la ausencia de líderes?	75

ENSAYOS CULTURALES

¿Por qué el hecho cultural no es noticia?	85
Las heridas narcisistas de la humanidad	89
Homenaje <i>in vivus</i>	107
Estanislao Zuleta y el freudomarxismo	117
Lógicas del mito.	135
Referencias bibliográficas.	153

PREFACIO

Este libro trata sobre diversos tópicos en el ámbito social y cultural. El problema central de cada persona, el conflicto entre Eros y Tánatos, generador de ambivalencia en sus relaciones, amerita ser tratado en un lenguaje directo, sin rebuscamientos; con sencillez mas no con simpleza; sin caer en la retórica de engañoso plumaje, rimbombante, huérfana de lazos con la realidad cotidiana. Creo que el arte literario reside en escribir con sencillez, en aclarar hechos confusos. Siempre se impone el ejemplo de los clásicos, caso de Michel de Montaigne, cuya naturalidad de estilo no significa en modo alguno ser ingenuo o elemental; por el contrario, traduce claridad y transparencia. Si los autores requieren de un saber para escribir, el creador del ensayo invierte esa proposición: *se escribe para saber*.

La claridad es la regla del buen estilo literario o científico. Soy un convencido de que el buen escritor se caracteriza siempre por la claridad expositiva, a pesar del peso poético de las metáforas que eventualmente pueda utilizar. El ejemplo de la claridad anima y conforta, son garantes de ella la palabra exacta y la concisión. Esto le permite al lector tener que comprender el sentido del texto, sin posibilidad de hacer una doble interpretación. Entiendo la concisión como el hecho de expresar una idea con el menor número de palabras; de suerte que –es un ejemplo del maestro Estanislao Zuleta– en lugar de decir: «Nos deleitaremos con el exquisito líquido perlático de la consorte del toro», diré: «Nos deleitaremos con la leche».

Es la difícil sencillez.



MICHEL DE MONTAIGNE: EL PADRE DEL ENSAYO

Al morir su padre Michel de Montaigne recibe una cuantiosa herencia. Unos dos años después, hartado de los ajetreos públicos como magistrado y alcalde, renuncia sin vacilar para ocuparse de sí mismo, construir su propia vida, vivir para sí mismo y no para otros; pero tal aislamiento no es radical, no significa una exclusión de la sociedad.

LA TORRE DEL CASTILLO

En un acto de libertad individual, Montaigne se confina en su castillo buscando una paz que le permita dedicarse a la reflexión crítica, la lectura incansable y la escritura exquisita. Con ese fin manda a instalar su biblioteca en el segundo piso de la torre. A la entrada una losa traza la siguiente inscripción:

En el año de Cristo de 1571, a la edad de 38 años, Michel de Montaigne, cansado ya desde hacía largo tiempo de la servidumbre de los tribunales y de las funciones públicas, descansó, todavía lleno de salud, en el seno de las doctas vírgenes. En paz y en seguridad, pasará aquí los días que le queden de vida, sin otro deseo sino que los hados le permitan perfeccionar el dulce cobijo paterno consagrado a su independencia, su tranquilidad y sus ocios. (De Montaigne, 1999: 7)

Como buen humanista relee a sus amados clásicos griegos y latinos, sostiene conversaciones como tanto le gusta, da algunos paseos a caballo por la región de Perigord. Las vigas del techo de su magnífica biblioteca están repletas de máximas griegas y latinas, y de autores clásicos y bíblicos, que le servirán junto a las referencias históricas de guías para sus escritos. Sensato aprendiz de los grandes maestros de la Antigüedad, su lema favorito es: «*La cosa más importante del mundo es pertenecerse*». (El subrayado es mío).

En esa biblioteca que le rodea por estar dispuesta de manera circular, Montaigne se pasea de un lado para otro, leyendo pasajes de uno y otro libro (libros que heredó de su padre y de su amigo La Boétie), sin importar el tema, sin trazar un orden ni un plan determinado, como un viajero que vagabundea por los caminos sin tener una meta de antemano, pues la ruta va apareciendo en la medida que se transita. Este modo de actuar se refleja en la originalidad y franqueza de sus ensayos que divagan en los más diversos temas, citando a los más variados autores. Lo que no equivale a perderse en un océano sin límites.

Esa originalidad es posible cuando un intelecto como el suyo ha digerido y procesado a plenitud un buen acervo de saberes enciclopédicos. Es en 1572 cuando considera que ha llegado el momento de sentarse a escribir.

Así comienza el ensayo, esa aventura de la modernidad, un nuevo género literario donde la crítica y la reflexión mediante el probar, el intentar, el ensayar, el tratar de, están destinadas a comprender la civilización contemporánea.

El tema no importa sino el tratamiento que le da el cedazo personal de quien se aventura a exponerse en su pensamiento. El ensayo es un soporte donde Montaigne consigna sus pensamientos sobre un tema, sin la dudosa pretensión de darlo por acabado, de agotarlo. El autor va por las líneas de su texto como quien pasea sin premura ni obligaciones por el parque.

Sobre la página en blanco Montaigne traza apreciaciones sobre el ensamble de la vida hasta en los más mínimos detalles. Es la vida en marcha, no una teoría *sobre* la vida. Hombre con resplandor propio como una luciérnaga en la noche, en un colosal esfuerzo por encontrarse en su interioridad, le preocupa más pensar y reflexionar sus ideas que escribirlas. Estima sobremanera la importancia del silencio, escribe sobre *un sujeto no concluido sino en construcción*, hablando consigo mismo (lo que no equivale a hablar de sí mismo), exhibiendo un acentuado humor para decir las verdades sin apasionamiento ni injusticia. No es metódico en su escritura y ello lo testimonia su recopilación de máximas, compilación de pensamientos admirables, selección de consejos sociales y espirituales; ampliando los ensayos, corrigiéndolos de manera incansable hasta sus últimos años. Enlaza ideas sobre sucesos de su cotidianidad y por momentos se abandona a los sueños, llevando una vida de largas jornadas de soledad (*la soledad interior es su mayor tesoro*), en un reposo permanente de paz y naturaleza. Sin mayores sobresaltos. Es bromista, vagabundo, soñador, viajero y enamorado del ocio, enamorado de una libertad que, si bien gusta del hablar franco y no siente apego

por nada, no ha de confundirse con la facundia o habladera fácil.

Mario Vargas Llosa al comentar el último libro de Jorge Edwards, *La muerte de Montaigne*, subraya como cualidades del filósofo bordelés el encarnar mejor que nadie la serenidad, las buenas lecturas y la domesticación de los instintos. Sobre esta última expresión puedo objetar que existe una indomabilidad innata de las pulsiones que impone de antemano al sujeto unas tareas bastante duras; de modo que no se trata de domesticar o dominar las pulsiones sino de consentirlas, y a este hecho no pudo haber escapado la psicología de Montaigne y su presunto «perfecto control de sí mismo».

UNA EDUCACIÓN LIBERAL Y HUMANISTA

En la Francia del siglo XVI, Montaigne produce una obra de arte sin par que lo retrata a sí mismo y no tiene antecesores ni sucesores, una vasta producción como el vino de la mejor cosecha iniciada sin ningún plan, pues el conjunto de los ensayos carece de orden; pero el desorden es esencial porque, de acuerdo a Menéndez y Pelayo, reproduce la senda transitada por el autor, en un comienzo inconsciente y después con una exploración cuidadosa. Paul Gauguin: «La obra de un hombre es la explicación de ese hombre».

De sangre sajona y española, Michel Eyquem había nacido el 28 de febrero de 1533 en el castillo de Montaigne (Guyena). Su padre, Pierre Eyquem, era un empleado municipal que ejercía las más altas funciones, entre ellas la de alcalde. Los ascendientes de Michel (una antigua y adinerada familia de comerciantes de Burdeos) habían tomado el apellido Montaigne del castillo que llevaba el mismo nombre en los confines del Perigord francés.

El abuelo, Raymund Eyquem, había prosperado en el comercio del arenque y el bacalao. La madre, Antoinette de Louppes, de origen español, descendía de judeoconvertos sefardíes de Aragón, los López de Villanueva.

Michel de Montaigne recibe de su padre una educación liberal y humanista. Siendo muy niño su progenitor lo manda a vivir con campesinos de una de las aldeas de su propiedad para que supiera lo que es subsistir en la pobreza:

El buen padre que Dios me dio, envióme –escribe acerca del autor de sus días [...], y del que siempre habla con el mayor respeto– desde la cuna, para que me criara, a un pobre lugar de los suyos, y allí me dejó mientras estuve al cuidado de la nodriza, y aun después, acostumbrándome a la más baja y común manera de vivir... Su designio iba además encaminado a otro fin; quiso juntarme con el pueblo y la condición humana que ha menester nuestra ayuda, pues consideraba que yo debía mirar mejor hacia quien me tiende los brazos que a quien me vuelve la espalda; por esta razón también en la pila bautismal me colocó en manos de gentes cuya fortuna era de las más abyectas, para a ellas unirme y obligarme. (1999: 6)

A los seis años de edad, apenas terminaron los cuidados de la nodriza, su padre lo encarga a un disciplinado profesor alemán que no sabía francés y únicamente debe hablarle en latín. Luego aprende griego, y cuando lo domina a cabalidad escucha el francés. Estudia en el colegio de Guyena, de prestigio por el conocimiento que habían demostrado sus profesores, donde en solo siete completa los doce años escolares. Cursa estudios jurídicos en la Facultad de Toulouse. El Derecho no era de su gusto personal, lo que me lleva a conjeturar que lo estudia por condescendencia con la voluntad de su padre, quien lo encauzó hacia las leyes y al que siempre amó tiernamente.

Contando veinticinco años su padre renuncia en favor de él a su cargo de consejero del tribunal de Périgueux, durante tres años, que después será incorporado al Parlamento de Burdeos. Allí conoce a su gran amigo Etienne de La Boétie.

Contrae matrimonio «de conveniencia» con Françoise de Chassigne, hija de uno de sus colegas en la magistratura. Tienen dos hijas, una nacida de su matrimonio (Leonor, la única que sobrevivió de los seis hijos) y otra adoptiva, la señorita Marie de Gournay le Jars, heredera de sus estudios, quien a los dieciocho años lee los primeros *Ensayos* y surge en ella una adoración por su autor, para después conocerlo en persona en París y convertirse en su compañía hasta el fin de sus días. Por lo que testimonia en los ensayos, Montaigne no conservaba muy gratos recuerdos de su esposa.

En las guerras de religión entre los bandos del católico Enrique III de Guisa y del protestante Enrique de Navarra, que desangran a Francia, con «la sabia serenidad con que supo encarar la vida y los desórdenes de la política» (Vargas Llosa), en lugar de tomar precauciones para defender sus tierras, licencia a los guardias y deja abiertas de par en par las puertas del castillo, puesto que en su consideración no hay nada que provoque tanto a la guerra como «presentar armas, pareciendo dar cara al adversario». Sin embargo, se inclina hacia Enrique de Navarra y se convierte en su consejero. Al ser nombrado este último rey (como Enrique IV), el ensayista se sitúa del lado de la monarquía y el catolicismo, él, que en política tenía el principio de guardar sumisión al poder real, al igual que en literatura no había que dejar de lado la verdad.

Su moral es la negación de la moral cristiana que tiende a perfeccionar al individuo introduciendo el dolor. Esa moral anticristiana, adversa a la heroica y santa exaltación, influirá

en la Época Clásica sobre Descartes, Molière y Voltaire. Para él, cuando los hilos del pensamiento tejen a diario sobre la muerte, esto equivale a privarse del placer que proporcionan los encantos terrenales. *El enemigo es el dolor, no la muerte.*

Acerca de las intervenciones del padre del ensayo en la escena política y sus juegos de gran titiritero, Vargas Llosa comenta:

¿Cómo pudo Montaigne sobrevivir al salvajismo de la vida política, del fanatismo religioso, del mundillo de intrigas de codiciosos, envidiosos y desalmados con quienes tuvo que codearse en los años de su quehacer cívico y en las relaciones con los poderosos de su tiempo a quienes frecuentó a la vez que los observaba como un entomólogo para autopsiarlos en sus ensayos? Gracias a su extraordinaria prudencia, a su implacable serenidad. Nunca se dejó llevar por las emociones, es posible incluso que hasta refrenara su amor por la joven Marie de Gournay, que sería su devota editora. (Generación, *El Colombiano*, 2011: 17)

En esta cita idealiza al ensayista francés sobre todo por aquello de que «nunca» se dejó dominar por las emociones, como si Vargas Llosa olvidara que no existe la rosa sin espinas.

UN SÍ MISMO EN CONSTRUCCIÓN

Salvaguardando su libertad interior, Montaigne se construye a través de su libro de ensayos, como si este lo escribiera puesto que se funda en la experiencia vivida, es decir, se abandona a la experiencia y se deja modelar por ella. ***En el ensayo no escribe de lo que sabe, sino que escribe para saber.*** No es la biografía de un personaje, va más allá en el tiempo y en el espacio: anécdotas y palabras de lugares y épocas pasadas (por ejemplo de la Antigüedad) se funden con los acontecimientos más inmediatos y cotidianos de la época. Con un estilo vivaz y atrayente traza

en el papel circunstancias de sí mismo, azarosas o no, con una sinceridad que molesta, como una conversación entre amigos. Esa forma natural, artística, pura, libre, tiene en cierto modo sus antecedentes en los epistolarios de autores latinos y luego en las formas del discurso de mucha abundancia, en un tiempo muy posterior.

Solo aprecia el valor de las palabras de acuerdo a su verdad de pensamiento y a su belleza expresiva, sin acudir al plumaje exótico de la brillante erudición. A diario, con paciencia de orfebre, va elaborando la filigrana de los dos primeros libros de ensayos, que una vez editados entrega en persona al monarca. El título de *Ensayos* concierda muy bien con la modestia del escritor, sin darse ínfulas de gran sabio, sin pedanterías ni fórmulas salvadoras, sin acudir a una erudita enciclopedia a pesar de tenerla a disposición, ya que además de reflexionar sobre la condición humana tiene una cultura magnífica indesligable de una tradición clásica milenaria.

Por casi una década, Montaigne se dedica a hilvanar la textura de su obra, que en 1580 publica en dos volúmenes, sin renunciar a su dosis de modestia. Al año siguiente es nombrado alcalde de Burdeos, noticia que recibe en Roma donde habita un lapso de tiempo por recomendación médica, debido a su «mal de piedra» que lo hizo salir de Francia en busca de aguas minerales que aliviaran su enfermedad.

Cuando accede a la alcaldía por instancias del rey don Enrique III, lo primero que hace es convencer a sus coterráneos de que no debían esperar grandes logros ni hazañas de su mandato. Luego es reelegido, hecho que le ocasiona una gran ansiedad puesto que está más habituado al estudio y la meditación que a la administración. Ahora debe alternar su mandato municipal con la espinosa faena política de mantener la relación entre la

ciudad y el rey. Al finalizar su segundo gobierno estaba ausente de Burdeos cuando estalla una terrible peste en la ciudad, por lo que se niega a regresar para no exponerse a los peligros de contagio, dejando encargados de su función a los maestros jurados (o concejales) y sin importarle ser tachado de cobarde.

Además de haber sido magistrado, juez y alcalde, su mayor pasión es el estudio de autores bíblicos y clásicos de la Antigüedad. Como buen representante del humanismo francés se forma en la cultura clásica, especialmente en los altos mares de la tradición grecolatina. Es amigo de los humanistas más insignes de su tiempo, junto con Francisco Sánchez es el mayor difusor del escepticismo en el Renacimiento tardío.

Pasado el peligro de la peste, que lo obligó a deambular de posada en posada con su familia buscando un lugar más seguro, retoma la redacción de un tercer volumen de sus ensayos, haciendo numerosas adiciones de notas y citas (en latín y en griego) y correcciones leves o casi insignificantes a los dos primeros libros. No recorta nada, opina que si varía lo que había sentido e imaginado en otros tiempos es como mutilar la memoria, cercenar una parte de sí mismo.

En 1588 publica los tres libros. Ese año conoce en París a su «hija adoptiva» Marie de Gournay le Jars, con quien sostendrá una íntima amistad hasta el final de su vida. Ella efectuará una edición póstuma de los *Ensayos*, con nuevas correcciones que había hecho su autor, y otras ediciones posteriores. Pero a mediados del siglo XVII unos eruditos descubren que el texto de Montaigne había sido retocado muchas veces. Por lo tanto se considera como texto definitivo el de 1588, paradigma del género ensayístico hecho por el llamado padre del ensayo por la tradición literaria universal.

Lo novedoso del asunto es que Montaigne escribe en un francés vulgar, popular, coloquial y no en latín como se hacía hasta entonces. Se cuenta que en el colegio de Guyena fue un excelente actor de comedia y el teatro lo hizo olvidar del latín.

Escribe en primera persona como tampoco solía hacerse. En un esfuerzo por escribir como habla, por trazar la vida en movimiento en lugar de falsearla con fórmulas de la retórica, en ocasiones discurre por su biblioteca mientras dicta a un escribano lo que va pasando por su mente, como si estuviera en asociación libre. De ahí su predilección por las palabras imprecisas.

LAS CIRCUNSTANCIAS DEL YO

El Renacimiento, bajo el imperio del humanismo, presupone una relegación definitiva de las doctrinas y sistemas medievales. Esta ruptura con la escolástica del Medioevo consiste en una aprobación absoluta de la personalidad individual y de los valores de la vida en el mundo. En aras de este objetivo, y liberado del yugo de los teólogos, el hombre renacentista hace una reforma de la cultura y de los ideales de la Antigüedad Clásica, renovación destinada a la aprehensión y conocimiento del yo, fuente de posesión del universo.

Así se posibilita el proceso autobiográfico moderno, con textos literarios donde el análisis personal para conocerse está inspirado en la sabiduría antigua y, haciendo caso omiso de consideraciones morales, se opone diametralmente a las confesiones cristianas que buscan los caminos de la gracia. Por ejemplo, Vargas Llosa predica acerca de

la capacidad creadora de Proust, quien, valiéndose de aquella introspección, de ese buceo en su pasado, transformó los episodios

bastante convencionales de su existencia en un esplendoroso tapiz, en deslumbrante representación de la condición humana percibida desde la subjetividad de la conciencia desdoblada para la observación de sí misma en el transcurrir de la existencia. (1998: 24-25)

Pero al referir autobiografía debo aclarar que si bien en los *Ensayos* hay numerosas alusiones a la vida personal de Montaigne, dichos textos no son su vida, es decir, no reconstruye la evolución de su existencia. Aunque en oportunidades vuelva sobre su pasado, su orientación es en esencia introspectiva: *lo que rastrea es la comprensión de la actualidad de cada instante*, siendo su meta última edificar una ética, construir una regla de vida, instaurar una moral personal.

Si el Renacimiento equivale a re-vitalizar virtudes antiguas y bellas, para el hombre renacentista el yo es la conciencia de sí, el núcleo de la conciencia. El yo, que es ante todo un cúmulo de experiencias, es dignificado y consolidado en su eficacia por ser núcleo y vehículo de conocimiento del universo. La esfera interior le impone su dominio, lo que no quiere decir que se niega o excluye el espacio exterior. Acogiéndose a tal reflexión, Montaigne reclama la libertad de ser él mismo. ¿De qué manera? No aceptando más que su propio ensayo, admitiendo solo su prueba personal, reprobando toda experiencia ajena, flotando entre lo universal y el color local sin anclarse ni en uno ni en otro.

En este sentido, el humanismo se erige en una nueva tendencia de la vida espiritual, dando primacía al lazo que el hombre mantiene consigo mismo. El hombre renacentista (al que pertenece Montaigne), a diferencia del hombre medieval que se proyectaba hacia una divinidad, se concentra en sí

mismo, es en la ligadura consigo mismo donde busca su esencia, su identidad, y no en un vínculo con Dios, *haciendo de su yo el único fundamento de su existencia*. En este sondeo inquebrantable empieza a desarrollarse la concepción moderna del hombre como sujeto.

El yo y sus desgarraduras, con su núcleo escindido, es un gobernante gobernado. Todos estamos divididos en nuestra personalidad. ¿Qué más ajeno al ser humano que su propio yo? Esa ajenidad a menudo lo hace sentir como un exiliado de sí mismo. Tanto el mundo interior como el mundo exterior tratan de derrumbar las murallas sólidas del yo, sobre todo cuando este comienza a adormecerse. La modernidad de los ensayos, una de las columnas de la espiritualidad moderna, se pone en evidencia cuando Montaigne al tener consciencia de su ser lo aprecia y lo potencializa. De ahí que en sus ensayos goza en el presente de cada momento, toma consciencia de su yo como movimiento perpetuo. Esta instancia psíquica, inestable en sí misma, encuentra su expresión adecuada en una forma libre, abierta, fragmentaria, en una escritura que no puede erigirse en sistema digamos filosófico.

Esa incoherencia, fragmentación y falta de ilación en el discurso es solo aparente puesto que hay unidad en su estructura profunda: la realidad original e irrepetible del mismo Montaigne.

Es exclusivamente el tiempo presente el que cuenta y tiene valor, por lo que el pensador francés no busca reconstruir su vida pasada sino alcanzar la verdad absoluta de su yo en el instante en que se presenta, librándose de las fronteras del conocimiento objetivo. Esto no excluye meditar sobre la práctica literaria, que también hace parte de la subjetividad, del sí mismo, puesto que

el yo se hace a través de la escritura. Así lanza un nuevo modo de escritura que alcanzará su apogeo en la época moderna.

Montaigne se propone escribir como habla. Su lenguaje tiene un sabor de oralidad, de diálogo, de una forma de conversación cotidiana que supone un interlocutor y, como tal, es un tanto desordenado, sin rumbo fijo, hecho casi por asociación libre. En consecuencia su estilo es espontáneo, ligero, tranquilo, de espaldas a la preceptiva. Partiendo de la pregunta «¿qué soy yo?» (y no qué es el hombre), el objetivo fundamental del creador del ensayo es la captura de su individualidad original e insustituible. Para ello da curso libre a su propio yo, escamoteando las normas impuestas por la educación, en un proceso que recuerda de cierta manera al psicoanálisis. En efecto, en la terapia psicoanalítica la asociación libre consiste en que el paciente diga todo lo que se le venga a la mente aunque lo considere tonto, sin sentido o incoherente. Montaigne trata, pues, de aprehender su yo con vistas a asimilar la singularidad del ser humano al margen de todo juicio de valor.

LA ACTITUD DE ESCEPTICISMO

Si la escritura es una autobiografía en clave, el escritor es como si se escribiera a sí mismo. Para Montaigne no es fácil escribir por cuanto lo que va a plasmar en la hoja en blanco es en buena medida una exploración de su ser, no una información de lo que ya sabe. La innegable modernidad de los *Ensayos* radica en que el escritor francés ocupa un lugar dentro de la escritura autobiográfica moderna. Aristócrata escéptico de fino ingenio, dio a luz al género literario del ensayo. El término *ensayo* lo emplea para designar *un texto en el que se ponen sobre el papel ideas de carácter subjetivo y libre que versan sobre toda*

clase de temas, partiendo de múltiples intenciones. De manera que la obra literaria en prosa es de factura muy libre, trata de un determinado tema sin agotarlo y reúne artículos de muy variada factura.

No importa el tema, lo que interesa es el tratamiento que se le da, así como el artista griego o latino hace de la piedra una obra de arte.

Montaigne había concebido la duda y el escepticismo antes que Descartes. Tiene una comprensión a fondo del ser humano al que conoce con sus comportamientos bondadosos y mezquinos. Para Montaigne el desprendimiento es sinónimo de liberación; de ahí que el sabio puede prestarse pero no se da. Hay que huir de las pasiones puesto que someten por medio de objetos del mundo exterior.

Expone su tesis: «Cada hombre lleva la forma entera de la humana condición», para luego rectificar y decir que solo se conoce a sí mismo mirando hacia afuera, a los hombres actuales y los de otra época. Como el ensayo es novedoso para su tiempo se requiere de un estilo nuevo y de un nuevo lenguaje para hacerlo; de ahí que el texto aparece fragmentado y plural, abierto e inconcluso, discontinuo y contradictorio.

Michel de Montaigne muere en su castillo el 13 de septiembre de 1592, a la edad de cincuenta y nueve años. Una enfermedad en la garganta adquirió tal gravedad que permaneció tres días enteros sin habla, por lo que se vio obligado a recurrir a la pluma para expresar sus deseos. ¿Cuáles serían las palabras que trató de decir al expirar y que nadie pudo descifrar? En el sepulcro una inscripción en latín y otra en griego han dejado constancia de las dos lenguas en que leyó a los clásicos.

Legó a la posteridad una producción literaria compuesta por cuatro obras. Además de sus *Ensayos* están las *Cartas* en las que

evidencia un conocimiento del arte epistolar. De las cuarenta publicadas, en su mayoría de perfil político, la mayor parte versa sobre su primer retiro en el castillo de Montaigne y la época de parlamentario en Burdeos. Las *Efemérides* son un brevísimo diario con algunos hechos insignificantes de su vida. El *Diario de viaje*, encontrado doscientos años después, olvidado en el fondo de un viejo baúl en su castillo, no fue publicado hasta 1774. Entre 1580 y 1581, luego de publicados sus dos primeros libros de los *Ensayos*, realizó un viaje de dieciocho meses por Alemania, Suiza e Italia, del cual escribió un diario detallado en el que dio testimonio de sus impresiones y descripciones.

Ahora su biblioteca es un museo.

De inteligencia rebelde, plena de lenguaje y fecunda de condición humana, Montaigne fue un crítico de su época plagada de guerras por causas religiosas, un crítico de la petulancia que se encierra en el conocimiento, un crítico de la vanidad humana que se cree superior a la Antigüedad y denomina «salvajes» a los nativos del Nuevo Mundo, un crítico del modo como es impartido el conocimiento antes que enseñado: no como un saber que produce una transformación espiritual sino como un objeto de suntuosidad; en fin, un crítico del conocimiento y del comportamiento humanos, desconfiando del artificio de las palabras ante una realidad que fluye de manera semejante a como lo plantea Heráclito: un mismo individuo no dispone dos veces de la misma corriente.

A partir de todo lo que he bosquejado sobre la vida del padre del ensayo y su manera de proceder en la escritura, es de esperar que en nuestra época contemporánea este género literario conserve el modo de ser abierto, libre de provincianismo en el tiempo. Pero, sobre todo, *debería mantener un tinte muy personal, con un punto de vista único y original del autor, que*

sea el blanco de los dardos. En sentido estricto, al ensayista se le dificulta la originalidad si no tiene un buen bagaje cultural a fin de que no se note en su producción la mano de terceros. Así lo enseñó Michael de Montaigne.

ENSAYOS
SOBRE GUERRA
Y VIOLENCIA
EN COLOMBIA

LA VIOLENCIA POLÍTICA

Para casi nadie es un misterio que los países desarrollados basan su riqueza en la pobreza de los países subdesarrollados. Se institucionaliza la violencia como una forma de usufructuar el poder. Los nuestros, más que países pobres, son países *empobrecidos* por los manejos políticos de sujetos de cuello blanco que no activan el gatillo, pero sí originan hambre y desamparo de muchos habitantes. ¿Quién con el estómago vacío o con la preocupación por sobrevivir puede cultivar una ciencia o una disciplina? Y las ciencias sufren de abandono, en especial las sociales y humanas, en aras de una tecnificación automatista de los individuos sujetos a su inconsciente. Ciencias y disciplinas que, sin ser una panacea para todos los males, están llamadas a arrojar luz sobre tales problemáticas.

En países con características tan distintas, con expectativas tan variadas, con intereses tan contradictorios y que a menudo explotan con violencia y hacen de esta una forma de vida, habría que adquirir un compromiso más real con nuestra propia historia, hallando nuestra identidad heterogénea, esa identidad que fue víctima de un malentendido por parte de los conquistadores españoles, que creyeron que los aborígenes de Latinoamérica no tenían alma ni ley ni Dios ni rey. Esa visión eurocentrista significó etnocidios, ecocidios y genocidios. Hay que buscar con afecto receptivo una identidad étnica, una identidad regional y una identidad nacional, teniendo en cuenta que la identidad remite a lo igual y también a la diferencia. Bien se ha dicho que nadie se saca la piel como se quita la camisa.

Vivimos en una sociedad básicamente anticultural, inmediateista y mítica con su ingrediente de miedo. Si al intelectual se le considera una lacra inservible, entonces el ideal

parece ser el comerciante que engaña a los demás. Es un medio utilitarista donde se tiene en cuenta el sujeto según el servicio que pueda prestar. Un río contextual que serpentea en una región donde la corriente del pensamiento es una tragedia y en consecuencia se le trata de detener. Abundan los «expertos» cantinfleros que hablan mucho y no dicen casi nada, factor que paraliza el pensar. Y al final de cuentas es poco lo que se *hace*, siendo esto un reflejo de lo que se *es*.

Esto ocurre en países azotados y marcados por la violencia física y psicológica, en medios banales, superficiales, en los cuales se valora al individuo por lo que *tiene* y no por lo que *es*, donde esperan ganarse la lotería o que la suerte les caiga del cielo, encontrándose una guaca, y cambie sus vidas. A la manera de los conquistadores españoles los sujetos se compaginan con los verbos «competir» y «aventurar», se rigen por el ganar o perder como termómetro de su existencia. Un medio violentado, violento y violentador es víctima de la «racionalidad» sangrienta de una cultura edificada sobre la base de la idolatría hacia las cosas materiales y el desdén por la vida. Es un contexto establecido sobre el facilismo por conseguir dinero, el rebusque desorientado, la emotividad excesiva y la indisciplina. Una región con muchos diagnósticos en su médula pero sin soluciones prácticas en el horizonte.

Sin embargo, no hay que desconocer que este ambiente está inserto en un medio global y que hay fenómenos que son parte de una problemática mundial, es decir, no son exclusivamente nuestros, por ejemplo, el problema del narcotráfico en Colombia del cual se nos quiere hacer chivos expiatorios en el mundo. La violencia tanto física como psíquica es otro de los problemas. *La relación con el otro es fundamentalmente agresiva, intolerante, mortífera...* y esto no solo en Latinoamérica sino en cualquier parte del mundo.



LA LIBÉLULA

Agresividad es sinónimo de energía, actividad, espíritu emprendedor; en este sentido la distingo de la *agresión destructiva*. El inventor del psicoanálisis, al igual que los proverbios antiguos, señalaron la bisagra entre la agresividad y el amor en el ámbito humano. Existe una mezcla en proporciones variables de la agresividad y la sexualidad.

LA AGRESIVIDAD PARA REALIZAR POTENCIALES

Como una libélula en el río, su mente se mueve en silencio (Yeats). Es la mía para decir que una persona agresiva es aquella que por lo general se conduce de un modo enérgico, trabaja decididamente por la realización de sus objetivos, sin desanimarse con facilidad por las dificultades que se le presentan. Incluso amar y ser amado requieren de una actividad que venza los obstáculos que se puedan oponer a su

satisfacción. Fenómenos como el de la creación también van de la mano con la agresividad. Si no se fuese intolerante hacia los viejos conocimientos, si no se afirmara agresivamente lo nuevo, no se harían descubrimientos. Bernard Berenson: «El genio es la capacidad de reacción productiva contra el adiestramiento recibido». Veamos un ejemplo sobre uno de los mayores genios de la historia de la humanidad, Albert Einstein. Nunca llegó a articular ni una sola palabra hasta la edad de tres años. A los nueve años tenía todavía tantas dificultades para expresarse, que sus padres temieron que podía ser un retardado mental. En la escuela un profesor le aseguró que no llegaría a ser nada en la vida. Con todo, teniendo escasos veintiséis años de edad publicó su *Teoría especial de la relatividad*, una de las más extraordinarias revoluciones en la historia de las ciencias, que aportó la clave para explicar el origen del universo y la desintegración del átomo. Poniendo su agresividad al servicio de la humanidad, este hombre decidió dedicar toda su vida a develar los misterios del universo.

La agresividad no solo es indispensable para la supervivencia de la especie humana, también para la conservación de sí mismo. Cuando una persona se ve amenazada en su integridad física o en su propia existencia puede sacar a flote una respuesta agresiva. El miedo la conduce a ello y en este caso la destrucción no es su finalidad. En tal sentido, me refiero aquí a una *agresividad defensiva* y no a la pulsión agresiva en su doble modalidad de destrucción hacia fuera –presente en los casos de robos, atracos, secuestros, homicidios– o de autodestrucción –casos de suicidio, drogadicción, alcoholismo, enfermedad mental–, a la manera de la libélula, un insecto tan voraz que si su cola está vuelta hacia su boca comenzará a comerse su propio cuerpo.



ÉTICA CRISTIANA DE LA GUERRA

EL DIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO Y EL JESÚS DEL NUEVO TESTAMENTO

Tal vez a los cristianos –que se consideran más buenos que todos los demás– les sonará extraño escuchar que el Antiguo Testamento es belicista: está a favor de la guerra o como mínimo de la violencia. Y es más belicista el libro de Josué: «El pueblo subió luego a la ciudad (de Jericó), cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron. Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas y los asnos».

En las épocas primordiales de las religiones apareció un Dios de carácter feroz con un látigo en la mano. Dios era portador de los rasgos espantables que en lo sucesivo se reunieron en su adversario: el diablo. El diablo no fue invención de los cristianos, mucho antes del cristianismo aparecía como un ángel caído

en las mitologías griega, egipcia e hindú. Las Escrituras lo describen como el instigador invisible del mal, el enemigo de Dios y del hombre.

En el Nuevo Testamento Jesús es un rey de paz anunciado por Isaías. Se presenta como un rabino, un hombre sabio acompañado de unos discípulos y no como un guerrero. ¿Pero en su tiempo eran vecinos el lobo y el cordero? El cristianismo fue algo muy diferente de las numerosas sectas judías de aquel entonces, por ejemplo los esenios; se presentó genuinamente como una religión de combate y surgió Jesús con su ética luchadora: «Yo no he venido a traer la paz sino la espada». Jesús volvió de revés todos los signos y las normas, actuó sobre la base de la exclusividad de la fe creada por él. Porque el cristianismo, en cuanto a su actitud de lucha, exigía una exclusividad de su fe: «Quien no está conmigo, está contra mí», frase paranoide que constituye el caballito de batalla de una gran cantidad de grupos y fanáticos de todo el mundo.

Existía el partido de los celotes que reclutaban jóvenes en el desierto y los preparaban para combatir a los romanos; Simón el cananeo era celote. Eran como los guerrilleros de hoy, se tomaron Judea, querían un líder, a Jesús, pero este se negó. Debo decir que no le doy carácter de divinidad a Jesús, incluso en mi opinión existió más como mito que como realidad, por ejemplo la cuestión de los milagros es una mera leyenda. Paradójicamente, Jesús solía despedirse y saludar con el enunciado «La paz esté con vosotros». Pero si la posición de Jesús no era belicista, ¿entonces cómo entender su ética luchadora de que habría venido a traer no la paz sino la espada? Con ello entiendo algo así como la frase citada por Freud: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra».



¿POR QUÉ LA AUSENCIA DE LÍDERES?

Los monos de las nieves del Japón eligen a sus líderes por la habilidad que demuestran como conductores de la manada; no por la fuerza de los músculos como ocurre con otros animales. Entre estos monos lo más valioso es la astucia, no la ferocidad, tan necesaria en un territorio difícil de esconderse de los osos, sus mayores depredadores.

Este bello dato me permite una comparación con los humanos.

En esta época de muchas ovejas sin pastor, época en la que una queja mayor es la ausencia de líderes para el servicio de los necesitados, y que los ideales son personajes violentos del cine o la televisión, la farándula o el deporte, conviene trazar un esbozo de lo que sería un auténtico líder y las posibles razones de su ausencia en el mundo actual. Resulta evidente que los seres humanos sienten una necesidad emocional profunda de tener un líder fuerte, de identificarse con él. Hay que hacer notar que

el líder es un padre sustituto, es decir, alguien que sustituye –no que remplaza– al padre.

LA AUSENCIA O FALSA PRESENCIA DEL PADRE

En la horda primitiva se representaba al padre –un macho con poderes ilimitados– como una personalidad omnipotente y peligrosa con respecto a la cual había que observar una actitud pasiva. Es obvio que allí no se trataba de la existencia de un líder sino de un jefe en su cotidiana rutina de chillarse a los otros, emitir gruñidos, lanzar amenazas como un medio mucho más eficaz de mantener o imponer sus puntos de vista, aunque tuviera el acierto de conducir la tribu al río en la primera claridad diurna. En este punto resulta ilustrativo afirmar que desde los comienzos el vínculo con el padre fue ambivalente: odiado y a la vez intensamente adorado. Esta es una actitud primitiva que se expresa en el inconsciente de prácticamente todos los sujetos.

Es llamativo que en esta época *la ausencia de padre o el deterioro de la función paterna* (sus compromisos ineludibles son los que pasan por el bolsillo) *coincida con la ausencia de líderes*. El padre no es solamente el rival odiado y amenazante, es también aquel que regula el incesto, aquel cuya presencia limita la ilimitada relación de la madre con el hijo, aquel que introduce la ley. Pero esa ley de la prohibición del incesto tiende a difuminarse, pues actualmente en la cultura de Occidente se legisla sobre matrimonios homosexuales incestuosos y esto puede implicar el borramiento del padre. Está además la consideración actual, por parte de muchas mujeres, de que no se necesita del padre y que el hijo es únicamente de ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, R. (2011). Una mirada a la pintura. *Archipiélago*, 74, 39-42.
- Arango, G. (1993). *Obra negra*. Santa Fé de Bogotá: Plaza y Janés.
- Bahamón Dusán, A. (1992). *Mi guerra en Medellín*. Santafé de Bogotá: Intermedio.
- Borges, J. L. (1980). *El libro de los seres imaginarios*. Barcelona: Bruguera.
- De Montaigne, M. (1999). *Ensayos*. Madrid: Club Internacional del Libro.
- _____. (1994). *Ensayos I*. Barcelona: Altaya.
- Eliade, M. (1967). *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama.
- _____. (1985). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza / Emecé.
- _____. (1996). *Mito y realidad*. Colombia: Labor.
- Freud, S. (1971). Una concepción del universo. En *Psicoanálisis y materialismo histórico*. Medellín: Zeta.
- _____. (1979). *El malestar en la cultura. Obras completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lara Peinado, F. (1992). *Poema del Gilgamesh*. Madrid: Tecnos.
- Lévi-Strauss, C. (1981). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades* (2ª edición). México: Siglo XXI.
- López, R. (1985). *La concepción freudiana sobre el mundo exterior*. Medellín: Lealon.
- López, R. (2001). *Hacia una estética psicoanalítica*. Medellín: Hombre Nuevo.

- Restrepo, L. A. (1990). *Pensar la historia*. Medellín: Percepción.
- . (1991). Aproximación al pensamiento de Estanislao Zuleta. *Revista Sociología UNAULA*, 14, 16-20.
- . (1992). *Proceso histórico de los derechos humanos en Colombia*. Santafé de Bogotá: Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán.
- Ruffinelli, J. (2009). *Victor Gaviria: las márgenes, al centro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Shakespeare, W. (1949). *Dramas*. Barcelona: Iberia.
- Sófocles. (2003). *Edipo Rey*. Bogotá: Norma.
- Vargas Llosa, M. (1998). *Cartas a un joven novelista*. Bogotá: Planeta.
- . (2011, mayo 29). Montaigne en la trifulca. *El Colombiano*, pp. 16-17.
- Zetkin, C. (2010). *Memorias de Lenin*. México: Grijalbo.
- Zuleta, E. (1987). *Ensayos sobre Marx*. Medellín: Percepción.

RUBÉN LÓPEZ RODRIGUÉ

Rubén López Rodrigué es escritor y editor. Diplomado de la Universidad de Antioquia; hizo estudios inconclusos de antropología y sociología. Nació en Santa Rosa de Cabal (Risaralda) aunque es antioqueño por familia y formación. Fundador y editor de las revistas *Oassys* y *Rampa*. Tuvo una columna por Medellín en *El Muro*, la guía cultural de Buenos Aires. Fue integrante del taller literario de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, dirigido por Manuel Mejía Vallejo. Hizo parte del *staff* de la revista literaria española *Oxigen*. Fue corresponsal en Colombia de *Francachela*, revista internacional de literatura & arte. Ha realizado guiones culturales para televisión. Fue fundador de la tertulia de escritores *Los Octámbulos*, que actualmente opera en Medellín.

Fábulas infantiles cuyas figuras en la multimedia *Literatura Antioqueña, Clásica y contemporánea* de la Fundación Viztaz 2004. Fue escritor invitado a la Fiesta del Libro y la Cultura Medellín 2010 y miembro del jurado del I Concurso de Cuento *Resonancias* de París, en 2012. Es autor de los libros *Hacia una estética psicoanalítica* (Hombre Nuevo, 2000), *Contra el viento del olvido* (Hombre Nuevo, 2001, en coautoría con William Ospina y John Saldarriaga), *La estola púrpura* (Los Octámbulos, 2009), *Feminidades: sacrificio y negociación en los tiempos del derecho* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010, en coautoría), *El carnero azul* (Tiempo de Leer, 2013), *Flor de lis en el país de la mantequilla* (Tiempo de Leer, 2013).

Textos
Urbanos

*Este libro se terminó de imprimir en Ediciones Diario Actual,
en el mes de noviembre de 2013.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 240 gramos,
las páginas interiores en ivory 60 gramos.*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Minion Pro Regular para texto corrido
y Bernard Mt Condensed Regular para títulos.*